

Roland, acabó de robarles el poco valor que les quedaba.

Al mismo tiempo la Convencion enviaba desde Paris nuevos comisionados, encargados de reanimar el celo de las municipalidades de la Gironda.

Esta vez, no son ya hombres, sino perros enseñados y adiestrados los que persiguen y cazan á los fugitivos.

Un dia, despues de que un destacamento visitó la casa del padre de Guadet, un gendarme reparó que las paredes exteriores eran mas anchas que las interiores de una bohardilla, y sondeó con la bayoneta, y oyó el ruido de una pistola que montaban. Al momento derriban la pared, y un escon-

dite abierto en su espesura, descubrió á Guadet y Salles, los que fueron transportados á Burdeos, y algunas horas despues caian sus cabezas sobre el cadalso.

Aquella misma tarde Barbaroux, Buzet y Petion, abandonaban su asilo y no llevaban consigo mas provision que un pan y un pedazo de carne flambre, fueron vagando toda la noche por el campo. Barbaroux desesperado de escaparse se tiró un tiro con una pistola, pero la bala no hizo mas que atravesarle la quijada y cortarle la lengua. Arrestado y conducido á Burdeos, fué decapitado inmediatamente.

En cuanto á los otros girondinos, se habian internado en los montes y algunos dias despues unos labradores encon-



Ruinas del convento de Franciscanos en San Emilion.

traron en las sendas de un bosque, sombreros y vestidos y dos montones de huesos humanos, despedazados por los lobos.

Esto era todo cuanto quedaba de aquellos dos hombres, que en vida se llamaban Petion y Buzot, y que por algun tiempo habian gobernado la Francia!!...

Así terminó esta relacion que escuché conmovido pensando en estas grandes espiaciones, que son tambien grandes ejemplos.

Como siempre en mis viajes procuré enriquecer mi album, tomé la vista del hermoso campanario de la iglesia de San Emilion.

SEGUNDA SERIE.—1866.

Dispuesta en anfiteatro la ciudad, cubre con sus ruinas las vertientes de las colinas y la margen del rellano, en que habia un foso abierto en la roca y que tiene treinta pies de profundidad, sobre cincuenta de ancho, protegiendo el lado del valle. Mas allá se alzaban en otro tiempo altas y fuertes murallas almenadas.

Seis dobles puertas están coronadas con torres cuadradas y defendidas por otras dos torres avanzadas.

Hoy, murallas, puertas y torres cubren el suelo con sus restos y ciegan el foso.

Esta ciudad es famosa por su vino llamado San Emilion.

Un monumento curioso que detuvo mi vista y cuya re-

AÑO XXIV. 32.

produccion damos, es un antiguo convento de frailes franciscanos. La poderosa vegetacion de su suelo sostiene únicamente sus arcos en ruina. Debe su nombre y su origen á San Emilion, que le fundó para ponerse allí al abrigo de los sarracenos.

Cuenta la historia, que el santo mismo se abrió con sus manos una gruta, que todavía se enseña, teniendo en ella su cama, su silla y su mesa; despues de lo cual sus compañeros emprendieron á su vez el abrir una iglesia en la Peña.

Esta iglesia *Monolito*, obra de muchas generaciones y tal vez único monumento de su clase en el mundo, se compone de una nave y dos galerías bajas de desigual altura. La bóveda reposa sobre unos pilares enormes adornados de escultura á la manera de las iglesias romanas. Las seis ventanas de la fachada, iluminan la media oscuridad de tres largas calles de edificios, donde en todo tiempo reina una humedad fria.

Lo mas notable de San Emilion, es que allí fueron presos los únicos siete últimos girondinos que habian logrado escaparse de la terrible guillotina en Paris, y del furor de Robespierre, que á su vez debia llevar tambien su execrable cabeza al cadalso.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL AMOR FILIAL.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo situado en la garganta de la Sierra de Reinos. A sus pies ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos; encima de él se estiende el vasto pabellon del cielo, tan transparente, azul y tornasolado cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de España. Alrededor del pueblo serpentea un riachuelo que va vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales, haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de perfumadas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta, derruidas las unas, blancas y rodeadas de jardines las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantescos y una rugiente cascada, de donde surge un límpido riachuelo. El paisaje que le sirve de marco, es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el país es pobre. El labrador necesitaregar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas. Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta con leche y forma con sus lanas un tejido que le resguarde contra los rigores del invierno. No posee otros bienes; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba; ¡oh, qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de mayo! Por todas partes sacudían su corola, húmeda de rocío, las silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama, confundiendo sus cantos con los murmurios del aura, con las quejas del arroyo, que parecía deslizarse mas aprisa entre los altos caña-

verales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con los rayos de un esplendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías!....

Y la campana de la iglesia resonaba majestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá, lejos, muy lejos, en el último confín del horizonte.

Parecía recordar al hombre que su primer deber es prosternarse ante aquel radiante sol, símbolo de un sol eterno, que vuelve todos los días á darle calor y vida, sin discrepar un solo instante en su carrera.

Todas las puertas se abrían simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles rostros rientes y sonrosados.

La campana habia exhalado su último suspiro: todos los fieles habian entrado ya en la iglesia, pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos, y una mujer jóven todavía.

Esta daba el brazo á la anciana, que debia ser su madre: el padre venia detrás. Iba apoyado en un nudoso baston, y llevaba en la mano derecha su libro de oraciones. Aunque cubrian su frente venerables canas, su cabeza aun estaba erguida y tersas sus mejillas.

Una dulce sonrisa entreabría sus labios, y á veces sacudía orgullosamente su baston á derecha é izquierda, como si saludase á los arbustos, á las peñas salientes, á las fuentejillas, que habian sido los amigos de su primera infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo del sol de mayo, que hasta la decrepita ancianidad se galvaniza á su contacto!

De vez en cuando sus miradas llenas de un amor sublime, se fijaban en las dos personas que caminaban delante de él, y las envolvía á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agobiada bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla, sus ojos despedían un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi el extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba se crispaba convulsivamente alrededor del brazo de la jóven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera ve un peligro. Con la mano izquierda apretaba contra su pecho el libro de oraciones, como si fuese el escudo que debiese protegerla.

Y no obstante, era inescusable su temor, por cuanto la que era su sosten, examinaba el camino con una escrupulosidad prolija, procurando salvar las piedrecillas, deteniéndose delante de la mas pequeña hendidura, adaptando su paso al tardo paso de la anciana.

La jóven no era bonita, pero una aureola celeste parecia rodear su frente. Era una buena y santa hija, que habia renunciado á todos los placeres de la tierra, para ser el ángel de la guarda de sus ancianos padres: ¿es acaso necesario decir mas para enaltecer sus virtudes, para demostrar que era la oveja predilecta del rebaño de Jesucristo?

¡Oh sublime amor filial! ¡Oh sentimiento divino, tanto mas inapreciable cuanto la naturaleza encadena los seres al porvenir, y el que vuelve atrás sus miradas, necesita por auxiliar de su virtud al heroísmo.

Pero aquella débil anciana lo habia tenido para sus padres, ¿qué mucho, pues, que lo encontrase en su hija? ¡Ah, ella tambien habia sido jóven y alegre! Habian pasado sesenta años, desde los bellos días en que atravesaba aque-

lla misma plaza, radiante de juventud y de hermosura, ostentando con inocente orgullo sus galas, respirando amor con todos los seres de la naturaleza. Entonces no temía, como ahora, los montoncitos de musgo, las salientes piedrecillas. Marchaba con paso ligero, con la frente erguida, con la mirada triunfante. Todos aquellos árboles, todas aquellas peñas habían sido testigos de su gloria; pero también habían sido testigos de su sumisión respetuosa á sus padres, de su filial cariño, y por esto ahora que la encorvaba la ruda mano del tiempo, hallaba un brazo amigo al cual asirse, una dulce mirada que velase su sueño, un corazón amante que palpitase por ella.

¡Había guardado intacta, durante ochenta años, el arca de las virtudes domésticas, de las sacrosantas creencias, la había transmitido intacta á su hija, y ahora que como el naufrago, tocaba ya á la orilla salvadora, podía extasiarse á la vista del risueño panorama que se ofrecía á sus ojos, extasiarse sin temor con la idea de la eterna morada que se había labrado piedra por piedra con sus virtudes, y en donde debía hallar paz y reposo.

No se inquietaba por su hija: ¡había sido buena, y Dios la haría dichosa!

Caminaban los tres tan lentamente, que cuando llegaron á la iglesia, la campana convocaba ya á los fieles para una segunda misa.

Un pobre ciego estaba sentado á la puerta.

—Una limosna por amor de Dios, decía con voz lastimosa.

La anciana se detuvo; sacó trabajosamente de su faltriquera un bolsillo y se lo dió á su hija. La había acostumbrado desde la infancia á ser la dulce intermediaria entre ella y los necesitados.

—¿No es vd. del pueblo? preguntó la joven, poniendo una moneda de plata en la mano del pobre ciego.

—¡Oh, sí! dijo éste, pero hace cuarenta años que lo abandoné, para ir á establecerme en la corte.

—¿Quién es usted? preguntó el viejo que llegaba á la sazón.

—¡Ay! respondió dolorosamente el mendigo, mis antepasados eran los señores de este pueblo, mis padres poseían la mitad de estas cercanías, yo pido limosna.

—¡Don Tomás! exclamó la anciana.

—Don Tomás, repuso el ciego bajando la cabeza.

—Hay un sitio desocupado en nuestro hogar, dijo apresuradamente el viejo, mi hermano acaba de morir, ¿quieres vd. reemplazarlo?

El ciego no respondió; pero dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Cuando los dos ancianos y la joven regresaron á su casa, llevaban casi en triunfo á un nuevo individuo de su familia.

En aquella casa todo era viejo; desde los criados octogenarios, hasta los muebles y las cortinas, hasta el fiel mastín, que dormía al sol, esperando la vuelta de sus amos, pero todo estaba limpio, todo en orden, todo ofreciendo la dulce imagen de la paz y la abundancia.

La joven sentó á su madre junto al hogar, en una ancha poltrona de cuero, y puso en sus manos la rueca cubierta de blanca lana.

Ella bajó á la cocina, al establo, al jardín, dando mil órdenes, entregada completamente á sus domésticos quehaceres.

Los criados, tan activos como ella, iban y venían, y en un instante estuvo puesta la mesa.

No obstante, el almuerzo fué triste: los ancianos hubie-

ran querido participar de las desgracias de su nuevo amigo: éste hubiera querido abrirles su corazón, y, sin embargo, nadie se atrevía á tomar la palabra.

Por fin, cuando se levantaron los manteles y desaparecieron los criados, el ciego exclamó con doloroso acento cogiendo las manos de la joven:

—¡Oh, bendita seas, mujer, que honras á la ancianidad, que sacrificas tu juventud á ser el sosten de aquellos que te dieron su sangre, que te colmaron de caricias en la cuna, que te transmitieron todo el fuego de su corazón, que vivieron durante tantos años con tu misma vida! ¡Dichosa tú, que has vegetado siempre en este escondido asilo de las puras costumbres antiguas, de los hábitos patriarcales, y no has tenido que luchar con el funesto ejemplo de las modernas costumbres! ¡Dichosa tú, que has podido siempre mirarte en el terso espejo de tu madre, y no has tenido mas idea que la de seguir sus santas huellas! ¡Oh, no traspases nunca el círculo de estas montañas, no pongas jamás el pie en ese horrible Pandemonium, donde se discuten las virtudes, donde cada uno tiene el derecho de forjarse una moral á su antojo, donde los hombres, mas ciegos que yo, no aciertan á divisar ninguna luz entre las tinieblas que los cercan!

Allí á fuerza de analizar, de discutir, no se sabe ya dónde principia el bien, dónde termina el mal: vicio y virtud son nombres cuyo verdadero significado es un enigma. La virtud, graduada á veces de necedad, á veces de hipocresía, ya no se atreve á ostentarse, y con frecuencia, llena de rubor, pide prestados sus atavíos al vicio.

Como el gastrónomo, cuyo estragado paladar ya no distingue los sabores, el hombre de la sociedad moderna ya no sabe lo que es bueno, ya no sabe lo que es justo. La desdicha no está en que practique el mal, sino en que no sepa definirlo. Ha abatido piedra por piedra el edificio social y no acierta á reedificarlo. La familia se va disolviendo, y con ella deben disolverse las naciones. Los padres ignoran lo que deben á sus hijos, los esposos á sus esposas, los amigos á sus amigos. La probidad es sinónimo de estupidez: no se sabe lo que constituye el honor.

Figuraos por un momento un salón atestado de ciegos, en el cual resonase de improviso el grito de fuego, fuego; figuraos como entregados á un pánico terrible pugnarian todos por salir, atropellándose, hiriéndose, despedazándose, hasta que dando vueltas como insensatos, obstruyendo con su misma confusión la salida, acabarían por morir ahogados antes que las llamas los alcanzasen. Figuraos todo esto y os figurareis el verdadero estado de la sociedad actual. Se siente abrasada por una ambición de felicidad inmensa, pero ha perdido el norte que la guiaba: no sabe á dónde dirigir sus pasos, no sabe lo que quiere, va y viene sin objeto, da vueltas sobre sí misma, y cuanto mas gira, cuanto mas se afana, mas pierde el anhelado centro.

Las ideas nacen y mueren con una rapidez increíble, cada día al despuntar el sol los hombres se ven obligados á preguntarse mutuamente: *¿Qué se piensa? ¿Qué es lo que se debe pensar?* Y al tenor de la respuesta deshacen el trabajo de la vispera, verdadera tela de Penélope, que no tendrá término nunca!

Sería preciso un nuevo diluvio para purificar á la tierra de sus desordenadas pasiones: sería necesario que bajase de nuevo el Hombre-Dios para separar la luz de la sombra, para marcar otra vez con sus divinas huellas el camino de los cielos. Todo esto sería preciso para que la sociedad se detuviese al borde del abismo próximo á tragarla.

Y no obstante, yo que hablo á vds. así, yo también he puesto mi débil piqueta para derrumbar el salvador edificio, y ha sido preciso que perdiese la luz de los ojos para recordar los ojos de mi alma.

Porque ¿saben vds. cuál es el verdadero origen de esa disolución de las costumbres? Es que el amor filial se ha extinguido, es que el niño, además de no respetar á Dios, tal vez en su consecuencia no respeta á sus padres, y el que no baja sumiso la frente ante la mirada de sus mayores, será con el tiempo un mal esposo, un falso amigo, un malévolo ciudadano, un hombre sin honor.

Si en un instrumento de música se desafina una cuerda, destruye la armonía de las demás. Si en el corazón del hombre no hay una fibra que se estremezca al eco de la voz paterna, podeis deducir desde luego que no responderá á ningún noble sentimiento.

El amor filial es la primera, la mas importante de las virtudes. Los antiguos levantaron un altar á los dos niños que sucubieron de fatiga bajo el carro de su madre; el cristianismo consagra su dulce culto á los modelos de filial cariño, y Jesucristo nos demostró toda su inmensa trascendencia bajando la cabeza ante las tiernas reconvenciones de su madre!

¡En vano tratareis de elevar la cúpula de un edificio, si no poneis la primera piedra de su base! ¡En vano os esforzais en enseñar al hombre sus deberes sociales, filósofos, teólogos y moralistas, si no le enseñais antes sus deberes de familia; si no le enseñais antes á hincarse de hinojos para venerar á la ancianidad, que ha asentado su trono junto al hogar doméstico!

Si son grandes los deberes de los padres, grandes son los deberes de los hijos, y el que ve correr una lágrima por la arrugada mejilla de los que le dieron la existencia y no corre á enjugarla con sus besos, se le debe considerar como al mas malvado entre los malvados, y desterrarle para siempre del seno de la sociedad, como á un individuo inútil y pernicioso.

Pero escuchen vds. mi historia.

Tenia ocho años cuando mis padres me llevaron á Madrid, y me pusieron en un colegio. Allí aprendí á desflorar todas las ciencias; allí adquirí el saber que sobreescita la imaginación y no ilustra el entendimiento; allí me enseñaron ese funesto análisis de todas las cosas que seca el alma y mata las creencias. Pusieron en mis débiles manos un escalpelo, para que fuese separando fibra por fibra todas las que componen el corazón humano, y un grosero crisol para que depurase la parte que hay de materia en todas las producciones de la naturaleza. Me enseñaron á aprisionar el rayo, pero no me dijeron que Dios forja ese rayo para purificar la atmósfera, y que si consiente en transmitir su poder al hombre, es solo para mostrarle la multiplicidad de sus portentos. Me enseñaron cuáles eran las partículas que concurren á la formación de los elementos; pero no me hicieron percibir la armonía dimanada del alma del sagrario del Eterno, que es el alma de la naturaleza, y que revela al alma del hombre que existe un Creador Omnipotente.

¡No! ¡Nada de esto me enseñaron! Sustituyeron los nombres de caridad y amor con los de deber y fría razón; no me prescribieron que respetase á mis padres, á los superiores, á los desgraciados, sino en cuanto no se opusiera á mi propio interés y á mi egoísmo.

Poco á poco el santuario de mis primeros años; la venerable casa en donde habian vivido mis antepasados, con sus espaciosos salones, sus retratos de familia, su sombría ala-

meda, perdieron para mí su encanto. Ya no recordaba con profunda veneración las blancas cabezas de mis padres; ya no me estremecía de placer al recordar su bendición cotidiana.

Y no obstante, ellos todo lo habian sacrificado á mi bien; ellos habian ido á establecerse en la capital para velar mas de cerca sobre su preciado tesoro, y se habian privado por su amor hasta del inefable consuelo de verle crecer á sus ojos y recibir sus caricias.

Yo creí de buena fé que solo hacian con esto su deber, y cuando salí del colegio, desvanecido con mi fastuosa instrucción, acogia con burlona sonrisa cada uno de sus consejos, cada uno de sus mandatos.

¡Los consideraba como instrumentos rotos, que debian hacinarse en un rincón y relegarse al olvido!

Quise gozar de una libertad absoluta; quise gozar de todos los insensatos placeres, que me parecían el legítimo patrimonio de la juventud y de un espíritu independiente. Los consejos de mis padres me enojaban, hasta sus amantes caricias me aburrían. Los dejaba solos, el uno en frente del otro, durante las largas veladas del invierno, sumidos en la tristeza y haciendo votos de felicidad por el ingrato que los abandonaba.

Mi madre enfermó, y fué postrándose gradualmente, sin que yo me apercibiera de su estado.

Cuando mis amigos me preguntaban por ella respondia sonriendo:—*¡Achaques de la vejez!*

Una noche, mientras me entregaba á los desórdenes de la crápula, me avisaron que estaba espirando.

Cuando llegué, medio ébrio todavía, junto á su lecho, la moribunda recogió todas sus fuerzas para fijar en mi una postrera mirada, henchida de ese amor sublime, único verdadero, único constante que nos es fiel hasta en la desgracia, hasta en el crimen; pero no pudo bendecirme....

Aunque mi padre quedó solo, no varié de conducta. Preso en las redes de una desvergonzada mozueta me casé con ella.

Mi padre no quiso aprobar mi casamiento, y se retiró á estas breñas, en donde, rendido á su pesadumbre, murió al poco tiempo.

No sé si asomó alguna lágrima vergonzante á mis ojos. Habia aprendido que el hombre, segun la ley de la naturaleza, es un ser como otro cualquiera, que cumple su fin naciendo, viviendo y muriendo, y apenas di mas importancia á este suceso, que al derrumbamiento de una encina, falta ya de savia para reproducirse.

¡Oh! prosiguió el ciego tras una breve pausa, con una amarga sonrisa, ¡fortuna es que el cielo piadoso haya arrebatado la luz de mis pupilas, porque sino buscaría en vano mi casa señorial y no la hallaría! ¡Demoli hasta la última piedra, arranqué de raíz todos los árboles que habian prestado su benéfica sombra á mis antepasados, no dejé ni una sola flor, ni un solo recuerdo de mi infancia!

¡Era preciso que todo se hiciera á mi imagen, á la imagen de mi siglo!

Reemplacé los sólidos murallones por paredes de medianería, y adorné mi nueva casa con muebles que solo tenían de suntuosa la apariencia. ¡Si todo esto duraba tanto como yo mismo, qué me importaba lo demás?

Habia aprendido de mis amigos de orgía, que la mujer, instrumento de placer, podría considerársela en su aceptación mas sublime, como un dígito de salón. Por tanto, cuando me casé, solo atendí á mi capricho, y ella fué completamente digna del móvil que me impulsó á elegirla. Tuvimos

muchos hijos, y como es natural, los educamos á nuestra propia semejanza.

Cuando balbucearon la primera palabra, empezaron á temerlos: á los ocho años discutian con nosotros cuáles eran los precepos que debian cumplir ó rechazar, aprobaban ó desaprobaban la eleccion de los maestros, y era preciso someter á su tribunal el por qué de todas las cosas; á los quince enarbolaban la bandera de libertad absoluta: á los veinte estaban hastiados de placeres y encenagados en los vicios.

Yo que tascaba el duro yugo de la mujer, que habia elegido para adorno de mi salon, consenti en una grave enfermedad que tuve, á hacerla una carta dotal, que representaba casi la totalidad de mis bienes.

Pero Dios no quiso que fuese yo el que muriese, sino mi mujer. Ella era la menos culpable de los dos, y su copa debia ser menos amarga que la mia.

De resultas de mi penosa enfermedad, habia perdido la vista, y caí en un profundo abatimiento. Mis hijos tuvieron paciencia para esperar que yo agotase todos mis propios recursos en subvenir á sus caprichos, luego me citaron ante los tribunales para exigirme el dote de su madre y como una manada de tigres hambrientos, se lo repartieron entre sí, no dejándome ni siquiera las migajas.

¡Soy ciego y pido limosna, he aquí mi historia!

Un triste silencio acogió estas palabras; todos lloraban. La jóven se habia deslizado de rodillas, y ocultaba la cabeza en el seno de su madre. El viejo elevaba sus trémulas manos al cielo, evocando la bendicion de Dios sobre la pura frente de su hija.

—¡Ah! repuso el ciego entre sollozos, yo no quiero que la justa maldicion de mis padres pese sobre las prendas de mi amor, no, no lo quiero. Mis padres obraron mal por imprevision; yo por ingratitud y por orgullo, y debo sufrir las consecuencias de mi falta!

¿Si sembré cizaña, pude esperar que floreciera el útil trigo? ¡No! ¡Yo encorbo la frente, y pido misericordia para mí, misericordia para aquellos que escarnecieron las canas de sus padres, sin prever que el tiempo blanqueará sus cabellos, y serán á su vez objetos de burla y vilipendio!

Cuando hace dos años yo visité á Molinedo, tambien brillaba en el cielo el hermoso sol de mayo. Conoci aquella virtuosa familia, tal cual la he descrito, dirigiéndose á la iglesia al rayar el alba, para ofrecer á Dios el puro incienso de sus virtudes.

La jóven habia redoblado su filial cariño, cuidando con piadosa solicitud á sus decrepitos padres, y al infeliz don Tomás, y obstinándose en no dar su mano al hombre á quien amaba, hasta que aquellos tres queridos seres bajasen tranquilamente á la tumba.

Ella misma me refirió el precedente episodio de sus impresiones, grabado con caracteres indelebles en su imaginacion, y repitiéndome con entusiasmo el precepto del Divino legislador de las virtudes: *Honra á tu padre y á tu madre, para que tú tambien seas honrado sobre la tierra. Adóralos, porque su bendicion es la única tabla salvadora, sobre la cual podemos atravesar seguros el borrasco golfo de la vida.*

ANGELA GRASSI.

DE LA CARIDAD Y SUS SALUDABLES EFECTOS.

La acepcion mas ordinaria que suele darse á la palabra *caridad*, es la del efecto de una virtud moral, que consiste en socorrer al prójimo con sus bienes y consejos. El filósofo, por el contrario, la dá una significacion mas lata, mas noble, mas universal, porque descubre en ella el germen de todas las demás virtudes, y el apoyo mas sólido de la sociedad y de su verdadero progreso que lleva por la senda de la civilizacion. *Caritas* en latin significa amor puro, fraternal, desinteresado, heroico, sublime; el amor que dice á los monarcas: «Gobernad á los pueblos cual padre afectuoso y tierno á sus hijos, y no olvidad que ante el Juez supremo, ante el Rey de los reyes, no hay cetros ni coronas;» el amor que dice al hombre político que ocupa su asiento en las cámaras: «Sé la salvaguardia de los derechos imprescriptibles de tus hermanos; propon sin ambicion reformas útiles para el bien del humano linaje;» el amor que dice á los ministros del culto católico: «Deplorad la suerte de los que viven sumidos en las tinieblas del error, de los que viven separados del rebaño del Divino Pastor, de los que viven fuera del gremio de la verdadera Iglesia; deplorad su suerte, sacadles, si podeis, del estraviado camino que les lleva á su eterna perdicion; pero sed tolerantes.» Cuando la secta de los donatistas se propagó en Africa, habiendo sabido San Agustín, esa antorcha del catolicismo, ese varon de inmensa doctrina y santidad, que el emperador queria echar mano de la fuerza de las armas para sofocar el cisma, dijo que la caridad cristiana aborrece la sangre y la violencia, y que debian intentarse ante todo los medios de una conciliacion fraternal y pacífica con los donatistas para reducirles al gremio de la verdadera Iglesia. La voz del gran obispo de Hipona fué atendida, y se apeló á la fuerza tan solo cuando los donatistas, manifestándose cada vez mas obstinados y tercios en sus errores, dieron rienda suelta á su encono contra los católicos, perpetrando crímenes horrendos é inauditas crueldades.

El Redentor del mundo fué indulgente con los pecadores, y á los judíos de corazon endurecido é hipócrita, les dijo, cuando querian lapidar á la mujer adúltera: «Arroje contra ella la primera piedra el que tiene la conciencia pura.» La caridad persuade, convence, sujeta las voluntades; la persecucion exaspera é irrita los ánimos. Recorred todas las fases de la vida; recorred todas las gerarquías sociales, y vereis que se apoyan en ese amor que se llama *caridad*. El niño en su inocencia infantil alarga sus manitas á la que le llevó en el seno, y con los ojos llorosos y la voz todavia inarticulada, pide de los afectos caritativos y de la ternura maternal caricias y juguetes. El hombre salvaje se abalanza con furor contra sus semejantes; se trava una lucha sangrienta; el vencido sirve de pasto al vencedor, y las carnes de la victima desventurada sirven tambien de regalo á sus hijos, á su mujer, á sus deudos; en ese estado horrible hay barbarie y no caridad. Pero los quejidos lastimeros del moribundo, la inmovilidad solemne del hombre hecho cadáver, la idea aterradora de la destruccion de un ser de nuestra misma especie, aunque no conmueven al salvaje, que perpetra actos tan horrendos, estremecen á la naturaleza, y la barbarie cede paulatina é insensiblemente su lugar á la caridad. Entonces el pueblo antropófago se separa de las costumbres de sus padres; no sigue su ejemplo, y por último le censura, le aborrece, le condena. «Motezuma, dice

don Antonio Solís, en su *Historia de Méjico*, apenas probaba la carne de las víctimas humanas, sacrificadas por sus sacerdotes. Estas pocas palabras nos ofrecen el mas claro testimonio de que aquel imperio comenzaba ya á civilizarse, porque la caridad, esa gran ley de amor, habia llegado á penetrar en la corte de sus señores. ¿No debemos á esa misma ley la abolición del tormento, que en toda Europa formaba parte de los códigos criminales hasta mediados del siglo pasado? ¿No debemos á esa misma ley el aminoramiento de la pena de muerte en algunos Estados de la moderna Europa? Y cuando con el transcurso de los siglos la caridad eche raíces mas hondas ¿no aminorará la estadística de los grandes crímenes hasta realizarse la abolición de esa pena terrible, cuya sola memoria y la de los instrumentos que hoy sirven para destruir al hombre, harán estremecer, como dijo Jaime Balmes, á nuestros tardíos nietos? ¿No está socabando la caridad los cimientos de la esclavitud en el otro hemisferio? La efervescencia de los espíritus se calmará; las guerras llegarán á su término, y la hidra infernal del egoísmo, del sordido interés, de la ambición de riquezas, se quedará con sus siete cabezas aplastada bajo las huellas de la justicia, compañera inseparable de la caridad.

El ilustre pontífice Clemente XIV repetía con frecuencia estas palabras muy memorables y dignas de su santo y sublime sacerdocio: «La verdadera devoción no es mas que caridad, y sin ella todo lo que se haga para la salud eterna, será inútil.» Recorred las páginas de los agiografos (1) mas distinguidos; recorred las crónicas y leyendas, que se escribieron en los primeros siglos del cristianismo, y vereis que todos los mártires y santos de ambos sexos desollaron por su mucha caridad, no solo en abono de sus cohermanos, sino tambien en beneficio de los gentiles, sus encarnizados enemigos; y muchos de estos últimos abrazaron la ley del Crucificado, persuadidos de que podían únicamente abrigar tanta caridad en el corazón los que adoraban al Dios verdadero y no á los ídolos.

En atención á que este periódico es muy ajeno de la política, no queremos meternos en cuestiones muy hondas acerca de la última pena y de la continuación de la esclavitud, abolida hoy tambien por el autócrata ruso; pero escribiendo, guiados únicamente por los buenos y santos principios de la caridad, no vacilamos en afirmar que entre la multitud de escritores que abogan en abono de las dos cosas, algunos se han escedido en términos, que sus obras merecen ser condenadas á la hoguera, á fin de que pase su memoria á la mas remota posteridad como un baldon y eterno oprobio de sus autores. Aludimos á la obra de cierto señor Vera, antiguo catedrático en Nápoles, hombre tal vez docto; pero perjudicial á la ciencia y á la caridad por sus malas doctrinas. Este autor encabeza su libro con estas palabras: *La abolición de la pena de muerte es una utopia*. Luego dice, que sea cual fuere el progreso del espíritu humano, no podrá realizarse nunca la abolición de esa gran pena; y apoyado por último en la filosofía de Hegel, da á la idea una importancia decidida sobre todos los principios prácticos, y pasando de sofisma en sofisma, sostiene con mucha serenidad el absurdo de que no media diferencia ninguna entre un hombre que muere en el cadalso por mano del verdugo, y otro que muere de fiebre ó apoplejía tranquilamente en su lecho. El señor Vera no solo tiene, á

nuestro entender, el triste honor de ocupar un puesto muy preferente entre los sabios que han patrocinado los mayores absurdos, sino tambien el de haber emitido una teoría tan nueva y excentrica, que ni siquiera ocurrió al célebre P. Harduino en el siglo pasado, ni á Proudhon entre nuestros contemporáneos. Pero dejemos á un lado al *escelente y caritativo* profesor Vera, y volvamos despues de esta breve digresión á nuestro tema.

Reconocida la certeza de un principio, de una teoría, de una ley, reconocida en fin, la importancia de la caridad, de ese amor recíproco, que los individuos y los estados necesitan, su aplicación no admite escepcion ninguna. ¿Hay acaso en nuestros dias algun publicista filósofo, hay un solo hombre de elevada inteligencia ó de cortos alcances, que sostenga con Aristóteles la falsa doctrina de que la esclavitud es de derecho natural? ¿Hay acaso hombres, que animados de un verdadero espíritu de filantropía y caridad no deseen con anhelo la abolición de la pena de muerte, como una consecuencia de nuestro perfeccionamiento moral?—No por cierto.—El Dios Eterno es misericordioso; no es ni blanco, ni amarillo, ni negro; es el padre comun de todas las razas; es el Ser incomprendible, como dice Pascal, por su esencia y naturaleza omníperfectas, y su Hijo divino proclamó el principio de la fraternidad universal: lo que está escrito en el cielo se realizará tarde ó temprano en este valle de miserias, sostenido únicamente por la ley inefable de la caridad. Si quereis borrarla de la faz del mundo, se abrirá bajo vuestras plantas un abismo horrendo; el tálamo nupcial se convertirá en un lecho de deleites impuros; se convertirá en un lodazal de caprichos obscenos; el egoísmo quebrantará los lazos que unen á los cónyuges y á los padres con los hijos; los hermanos serán enemigos ó rivales; los gobernantes aspirarán á ser cada vez mas tiranos y los pueblos rebeldes; la anarquía destruirá el orden político, y el cuerpo social correrá á su disolución. Este cuadro no es exagerado ni fantástico, porque se apoya en los principios de la lógica mas rigurosa, y no solo tiene en su abono la realidad de los hechos, sino tambien las ficciones y alegorías de la fábula. Los antiguos helenos dieron á las tres Gracias el nombre de *Charites*, que significa en su poético y armonioso idioma *alegría*, casi queriendo dar á entender al mundo, que la caridad únicamente con sus piadosos y buenos oficios, puede llenar nuestros corazones de paz y regocijo. Si no queremos ahora pasar por alto que Sócrates vistió á las Gracias con un largo ropaje, separándose de la costumbre de los escultores sus contemporáneos, que las representaban en mármol sin adornos, y tal como nos encontramos al salir del útero materno, podemos afirmar con visos de alguna probabilidad que las vistió no solo por respeto á la decencia y al público pudor, sino tambien para darnos á conocer que la verdadera caridad, que ese amor á todo el humano linaje, exigen que se quede oculta la mano que prodiga sus beneficios á los menesterosos, porque los hombres desprendidos y caritativos no deben buscar mas premio que el de su propia conciencia y la interna satisfacción de haber sido útiles á sus semejantes.

En uno de los tantos y merecidos elogios que se han escrito de Montesquieu, está consignado un hecho que vamos á reproducir en estas columnas, porque confirma lo que acabamos de apuntar y le da mucho interés. Habiendo sabido en Marsella ese ilustre y docto varón, que dos amados cónyuges vivían sumidos en tristeza y aflicciones por no tener medios ni recursos con que sacar del cautiverio á un hijo que los piratas argelinos les habian robado, mandó á los

(1) Esta palabra se compone de dos vocablos griegos, que significan *Santo* y *yo escribo*. *Agiografos*.—*Escritores de vidas de Santos*.

cónyuges infelices una suma muy crecida con un alto personaje de toda su confianza, encargándole que no revelara bajo ningún concepto su nombre á los interesados. El cautivo recobró su libertad; pero ni él ni sus padres pudieron averiguar quien habia sido su bienhechor. Narrando un dia los tres con expansion de afecto á uno de sus amigos todo lo acaecido, éste les dijo que lo debian todo á Carlos de Secondat, baron y presidente de Montesquieu. Llenos de alegría fueron á buscarle; pero Montesquieu habiendo llegado á sospechar de antemano lo que iba á suceder, habia salido ya de Marsella, á fin de que no se le dieran las gracias por un acto de filantropía, que juzgaba haber sido mas bien el cumplimiento de uno de sus mas sagrados deberes que un rasgo de singular generosidad. Ejemplo de abnegacion y modestia no muy comun en toda Francia, y aun menos en París, como lo espresan estos dos versos de un poeta francés, reproducidos por Bescherelle en su gran *Diccionario Nacional* al artic. *Charité*.

La charité jadis s'exerçait sans éclat,
A Paris maintenant on en fait un état.

En nuestra religion santísima, la caridad es una de las virtudes teologales, y en ella basan el amor inefable, y el culto de adoracion que debe el hombre á su Creador. San Agustín exige, en muchos lugares de sus obras, caridad en todas las acciones de los mortales, y este gran doctor de la Iglesia latina dice terminantemente, que la caridad une al hombre con Dios. ¿Qué seria el mundo sin esta virtud teologal? ¿Quién socorreria sin ella, en su cuna, al niño que pide un alimento que no puede proporcionarse, y que espera que su tierna madre le suministre la sangre de sus propias venas, convertida en alimento sabroso como el maná del desierto? ¿Quién socorreria sin caridad al enfermo que yace en su lecho presa de la miseria, y que ni siquiera puede satisfacer sus necesidades corporales sin otro que le asista? ¿Quién socorreria sin caridad al anciano, que con pasos trémulos y vacilantes se acerca al sepulcro? ¿Quién ampararia á los desvalidos, quién á las viudas, quién á los huérfanos? ¡Ah, sin caridad no hay mas que abandono y barbarie! A esta virtud magna, á ella sola debemos todas las obras de beneficencia que hacen la vida menos penosa, y que aseguran hasta cierto punto el porvenir de las clases proletarias; á ella debemos la fundacion de tantos hospitales; á ella las casas de asilo para los pobres; á ella las de refugio para las pecadoras, porque la caridad lamenta los extravíos de las malas pasiones; pero las compadece y no las castiga. A la caridad debemos la augusta y santa institucion de las Hermanas que llevan este mismo nombre. Esas mujeres tan distinguidas por su modestia, por la pureza de sus costumbres y por su conducta ejemplar, asisten con cuidado y amor á los enfermos, y sirven de consuelo como las antiguas diaconisas á los que viven tristes y afligidos por sus dolencias. Estas mujeres, en caso de guerra, marchan con los ejércitos beligerantes para cuidar de los heridos; y esas nuevas amazonas del cristianismo arrostran con denuedo y abnegacion heroica los mas graves riesgos, llevadas en alas de su mucha caridad en abono de católicos y protestantes, de judíos, otomanos ó idólatras, en abono de sus mas encarnizados enemigos, porque el Crucificado, á quien adoran, es el Padre comun de todos los hombres, sean cuales fueren sus errores y falsas creencias.

La gran idea de la caridad, ese sentimiento esquisito de amor hacia nuestros semejantes, lo abriga en su pecho

todos los pueblos civilizados; pero su ejercicio mas lato, en el terreno práctico, es un patrimonio esclusivo del cristianismo; es la mas bella herencia que nos han transmitido los preceptos evangélicos; es una verdadera emanacion de la bondad divina, que guia al hombre por la senda de todas las virtudes. La caridad cristiana, en fin, es superior á todos los principios de la filosofia abstracta, de esa filosofia vaporosa y especulativa, que pretende someterlo todo á una razon fría y calculadora. «Siendo el cristianismo, dice Silvio Pellico en *Mis Prisiones*, c. III, tan puro en su esencia, tan filosófico, tan inatacable, me admiro que hubiese podido llegar una época en que la filosofia osase decir: «Yo haré de ahora en adelante sus veces.» ¿Y de qué modo harás sus veces? ¿Enseñando el vicio? No por cierto. ¿Enseñando la virtud? Muy bien; eso será el amor á Dios y á los hombres: eso será precisamente lo que el cristianismo enseña.»

Elevemos, pues, nuestros votos al cielo, para que la caridad, para que esa virtud teologal, adquiera cada vez mas fuerza y ensanche en el siglo en que vivimos: elevemos nuestros votos al cielo para que se inocule en todos los corazones, y practiquémosla sin hipocresía, para que conozca el mundo entero que los españoles aspiran, como verdaderos católicos, á promover las mejoras reales, y no fantásticas, de la civilizacion evangélica.

SALVADOR COSTANZO.

BIOGRAFIA.

MERY.

Ha muerto recientemente, en el mes de julio último en Francia, uno de sus mas brillantes escritores.

El célebre Mery, vino al mundo en Marsella, á fines del siglo XVIII, y á la hora en que la revolucion francesa, saliendo del período del terror, entraba á velas desplegadas si no en un Océano pacífico, al menos en una serie de victorias, de batallas y de conquistas, que debian inmortalizar el primer imperio.

Creció el niño, y cuando fué hombre y sintió hervir en su pecho la inspiracion: sus miradas se dirigieron hacia un punto; hacia Santa Elena.

Estudiante, lleno de apasionadas ilusiones, cantaba el infortunio del ilustre desterrado.

Aquel hombre, cautivo de los ingleses, encadenado en una roca en medio de las tempestuosas olas del Océano, llenaba su alma de una admiracion y de un respeto sin igual.

No veia mas que al emperador Napoleon, no oia mas que al emperador Napoleon; y cuando aquel gran hombre murió, llamando á las armas y pensando todavia en guerras, Mery y otros jóvenes que hubieran sido sus soldados, y por él hubieran combatido en diversos puntos del globo, pulsaron en su loor sus lirras y le lloraron.

Escribia en verso desde que supo escribir. Parecido á su maestro Ovidio, podia decir á su vez:

Quidquid tentabam dicere versus erat.

Cuanto hablaba eran versos.

En vano la revolucion de 1830 que parecia abrir á todos

los ambiciosos de la palabra ardiente, una carrera á medida de su talento, se abrió para él. El poeta Mery, brillante con su reputación, llevó la fuerza de sus musas en favor de la revolucion; empero no era bastante para él haber entregado á la risa pública en un poema que tuvo nada menos que quince ediciones, á Mr. Villele y sus colaboradores, asombrados de ver suscitar contra ellos tanto odio.

No era bastante haber seguido el partido de Peironet y de Corbier y de otros tantos; Mery, y su colaborador Barthelemy, no fueron únicamente poetas, sino hombres políticos. No debemos ni queremos seguirlos en este sendero.

El poeta Mery y su compañero se apartaron de la senda que habían trazado, y celebraron en un poema los actos

diversos de Napoleon, en una Odysea gloriosa, sin igual, celebrándolo en la tierra de los Faraones, en las Pirámides, de Tebas, el monte Tabor y el antiguo Nilo, hijo de la tierra.

Después, cuando hubieron verificado estas poéticas peregrinaciones, el poeta, tranquilo y sosegado, al fin volvió á su cara patria, á los encantos de Marsella donde había nacido, á la ciudad digna hija de los focenses.

Mery, olvidando que su cualidad de poeta era su mejor alabanza, se abandonaba á la improvisación de su genio, gustándole mucho el estar solo y hablar solo, por lo que le llamaban *el gran solista*; así es que no era raro el encontrar á Mery solo, agitando con gestos y palabras, y ani-



Mery

mando toda suerte de historias que relataba, y que el infeliz olvidaba á poco de haberlas inventado.

Sabia de memoria casi todos los poetas latinos y al historiador Tácito.

Pasaba la mayor parte de su vida, fuera de las horas en que se entregaba á la inspiración, en jugar ó en dormir. En estas horas ni aunque le hubieran hecho emperador hubiera consentido en tocar una pluma.

Demasiado rico y feliz hubiera sido, si se hubiera contentado con jugar al whist, que jugaba con gran perfección.

Un juego bien jugado, con talento y sangre fría, por un

hombre en sus momentos de descanso, exige bastante inteligencia. Se han visto jugadores de ajedrez á quienes los peones han hecho célebres; empero los juegos de sociedad no bastaban á la actividad del poeta Mery.

Le gustaban los juegos de azar; ¡cuántos dias ha perdido, al lado del tapete verde, tratando de dominar la suerte, que le era siempre contraria! ¡Qué fortuna no ha dejado en manos de los banqueros! y después, cuando lo había perdido todo, pedía al trabajo fondos para jugar todavía.

No hace mucho tiempo que este anciano (porque era anciano antes de tener edad para ello), había retirado de manos de un prestamista un hermoso tintero que le había